

Capítulo 4.5

La cosecha

*Laura Otto
University of Würzburg, Germany*

<https://doi.org/10.61728/AE24120227>

U yóolil

Tu noj lu'umil Mexicoe', le ba'ax ts'o'ok u táasik u k'eexpajal bix u yooxoj k'iin [cambio climático] yo'olal ba'ax ku méentik wiínik, je'ex u ya'abtal yáax k'iino'ob, u k'amtal u k'áaxal ja', u k'ilbal cháak yéetel u jach yooxoj k'iin te k'áak'nabo'obo', ku yila'al yéetel ku pakta'al tumen kaajo'ob. Úuch u ya'abtal u k'uchul u k'áaxil k'áak'nab Sargassum tu chowakil u jaal ja' Caribe káaj 2015e', ku p'atik jump'él k'a'ana'an k'eexil ti' lelo'. Le u k'áaxil k'áak'naba' ma' chéen tu k'askuntiko'ob báak'paachili', beyxan ku p'atiko'ob ma' tojil-ta'an ba'alo'ob ich kaaji'. In xaak'alxook xiimbal/cha'an/tsikbaltbil tin meyajtaj ku ye'esik aktáanil, le k'áaxilo'oba' jejelás ba'ax u k'áat u ya'aliko'ob ti' jejelás máako'ob. Le kóom tsikbal "La Cosecha" ku nupik u nu'ukuloob xaak'alxook yéetel u ba'alo'ob ma' jaajtaki', ku jultik bix u bimbal u kux-tal máako'ob, ba'ax yaan u yilo'ob yéetel u jeel noj lu'umo'ob yéetel ti' u k'áatchi'ob máaxilil te *Antropoceno*'. Le ba'axo'ob kaxáanta'abo' narrativa matizada yéetel ma' esencializadora ichil jejelás tuukulo'ob meyajil decoloniales beyxan poscoloniales, beyxane' le xiimbal/cha'an/tsikbaltbil xaak'alxooko'.

Resumen

En México, los impactos del cambio climático antropogénico global, manifestados en crecientes sequías, intensas lluvias, tormentas y temperaturas más cálidas en los océanos, son localmente visibles y palpables. La masiva llegada de algas Sargassum a lo largo de la costa caribeña desde 2015 marca un punto de inflexión significativo en este contexto. Estas algas no solo afectan al medioambiente, sino que también moldean injusticias sociales. Mi investigación etnográfica destaca que las algas tienen significados diferentes para diversos actores. El relato corto "La Cosecha" entrelaza material de investigación con elementos ficticios, arrojando luz sobre las transiciones en las trayectorias de vida, las interconexiones transnacionales y las preguntas de pertenencia en el Antropoceno. Los resultados subrayan la necesidad de una narrativa matizada y no esencializadora dentro del marco de perspectivas decoloniales y poscoloniales, así como de la investigación etnográfica.

Contextualización antropológica del cuento

México no es la excepción en lo que se refiere a los efectos del cambio climático antropogénico, pues sufre al igual que otros lugares de aumento de sequías, lluvias más fuertes, tormentas intensas y temperaturas más cálidas en los océanos, entre otros. Todo esto provoca a su vez un aumento en la migración de las zonas rurales a las urbanas y condiciones cada vez más difíciles en la agricultura, afectando a cultivos como trigo, café y mango Ataulfo, entre otros (i.e., Niiler, Eric 2011; Nawrotzki, Raphael et al. 2015; Hernández-Ochoa, Ixchel M. et al. 2018). A esto se suma la llegada en masa de algas sargazo en la costa caribeña de la península de Yucatán desde 2015 (i.e., Hu, Chuanmin et al. 2015; Rosellon-Druker, Judith et al. 2023; Chávez, Valeria et al. 2020). Las algas pintan el agua de color marrón, impiden la fotosíntesis de la fauna submarina, provocan la muerte de peces y pueden causar problemas respiratorios y náuseas, así como irritaciones de la piel en los seres humanos. La aparición de las algas marca un importante punto de inflexión en la transición de la Riviera Maya, que lleva produciéndose desde los años setenta (i.e. Azcaráte, Matilde Córdoba 2020). Las transiciones, tal y como yo las entiendo, no son fenómenos que tengan un punto de partida y un punto final claros (i.e., Lazar 2014), sino que deben entenderse como procesos continuos. Los cambios y las transiciones se renegocian constantemente, generan nuevas dinámicas y modifican la vida cotidiana de la población local de diversas maneras.

Mi interés etnográfico-antropológico está dedicado a las transformaciones y transiciones costeras. De 2019 a 2023, llevé a cabo una investigación etnográfica sobre el arribo de algas y las formas emergentes de lidiar con ellas. Como parte de mi investigación etnográfica, colaboré con científicos en Puerto Morelos que intentan comprender la llegada de las algas y, al mismo tiempo, actúan cada vez más como ambientalistas; trabajé con limpiadores de playas que buscan retirar las algas de las playas -especialmente para los turistas-; y conversé y entrevisté a trabajadores de organizaciones no gubernamentales (ONG), pescadores, turistas y operadores de hoteles. Los resultados de la investigación muestran que el Sargassum tiene consecuencias de gran alcance, por lo que puede describirse como un “alga múltiple” (basado en Mol, Annemarie 2002). Esto significa que la

manera sobre cómo el sargazo es entendido y cómo es afrontado, dependen del actor y de la situación en cuestión. Por un lado, el alga genera cada vez más atención para la protección costera y contribuye a la valorización de otras especies, como los pastos marinos (Otto, Laura 2023a). Por otro lado, el desembarco del alga plantea cuestiones sobre la justicia costera, ya que no son pocas las zonas turísticas de la Riviera Maya que reciben cada vez más atención e inversiones para la protección costera mientras que las comunidades pesqueras del sur de la Península deben enfrentar solas el problema y a veces incluso se ven desplazadas por el alga (Otto, Laura 2023b). También muestra cómo la idea de paraíso turístico hace que las algas sean gobernables al mismo tiempo que crea problemas medioambientales que sin embargo también son abordables (McAdam-Otto, Laura 2022). Como parte de un proyecto llevado a cabo con Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en 2022, del cual se publicó un folleto sobre sargazo en inglés, español y maya, pudimos mostrar cómo las ideas de una separación del conocimiento “científico” y “tradicional” acerca de la llegada de las algas, no son sostenibles sino que las diferentes formas de conocimiento se superponen y no pueden separarse.

Mi proyecto de investigación sobre el sargazo también muestra que la llegada de las algas evoca ideas sobre las comunidades mayas como especialmente cercanas a la naturaleza, a las que se recurre cada vez más como expertas en el tratamiento de las algas, aun cuando ellas mismas no conocen ninguna solución o respuesta al problema. Dichas comunidades, sin embargo, no dudan en enfatizar la injusticia que experimentan debido al fenómeno del sargazo. En mi trabajo de campo, expresaron frustración debido a que el gobierno del estado de Quintana Roo centraba todos sus esfuerzos en la limpieza de las playas de las zonas turísticas (por ejemplo, Cancún o Playa del Carmen). Los participantes en la investigación que se describieron a sí mismos como mayas también mencionaron que las oportunidades de ocio, como visitar un parque acuático o un club de playa, solo son posibles para ellos durante los períodos de mayor sargazo, cuando el turismo internacional disminuye, porque el resto del año tienden a ser excluidos. En los pueblos pesqueros, también me enteré que las familias afectadas por las algas temen por su seguridad alimentaria y están muy preocupadas por cuánto tiempo podrán continuar viviendo en la costa.

Además, se puso de manifiesto la percepción de que los mexicanos son especialmente descuidados con el medioambiente y los problemas de residuos, como expresaron principalmente viajeros de EE. UU. y Europa durante mi investigación de campo. Esto coincide con ideas e imaginarios generalizados sobre los mayas y los mexicanos en general que han sido promovidos por la antropología durante muchas décadas (para una perspectiva crítica sobre el papel de la antropología en México, véase Salazar, Rodrigo L. 2023), a medida que se hacen visibles las transformaciones poscoloniales y las formas de alterización (Said, Edward 1978). Por último, pero no menos importante, en mis presentaciones se me pregunta repetidamente si los mayas no tienen soluciones para el problema, o hasta qué punto no es de extrañar que México y otros países del Caribe se vean afectados, dado que son conocidos por su uso insostenible de los recursos. Con ello no se reconoce que el sargazo es un fenómeno y problema global, y que no solo quienes se ven afectados por sus consecuencias están implicados en su desarrollo. Por último, pero no por ello menos importante, el origen de las floraciones de algas sigue siendo objeto de enigma en diversas disciplinas. Entre otras cosas, se discuten como posibles causas las perturbaciones cambiantes y las condiciones del viento, los aportes de nutrientes al océano, así como los cambios climáticos antropogénicos asociados a la deforestación a lo largo del Amazonas (Hu, Chuanmin et al. 2015; Rosellon-Druker, Judith et al. 2023). Culpar a los habitantes por la aparición del sargazo pone en evidencia una falta de reconocimiento de causas complejas de su origen. Estas preguntas, que incluyen pistas para las respuestas esperadas, señalan a los afectados por las algas atribuyendo su supuesta incapacidad a determinadas posiciones sociales.

Mi investigación tiene un propósito distinto, pues se enfoca a fenómenos naturaleza-cultura que escruta críticamente la separación occidental entre naturaleza y cultura y reflexiona sobre la comprensión de los problemas ambientales, la contaminación ambiental y la naturaleza. Otros investigadores parecen haber entrado al campo para reproducir sus propias ideas sobre dichos temas de forma acrítica y, en caso de duda, de forma despectiva hacia otras formas de verlos y tratarlos (i.e., Gesing, Friederike et al. 2019; Beck, Stefan 2008). Las dinámicas aquí esbozadas deben desmenuzarse en el contexto de un examen antropológico-etnográfico del

sargazo en la costa del Caribe mexicano y, de ser posible, contar una historia diferente, diferenciada y no esencializante, orientada (en la medida de lo posible) hacia enfoques decoloniales y poscoloniales. Parte de este empeño es el cuento “La Cosecha”, escrito para esta antología.

El relato se basa en mi investigación etnográfica a lo largo de la Riviera Maya (2019-2023) y se nutre de las publicaciones ya mencionadas. En el sentido de la etnografía como “ficción verdadera, verdad ficticia”, combina material de investigación de campo con aspectos ficticios. Los protagonistas de la historia deben entenderse como figuras acumuladas en las que se enlazan y se hacen narrables las historias y biografías de muchos actores del campo. Se condensan diversas observaciones y análisis de campo: la bióloga Soledad Flores es representativa de los numerosos biólogos marinos con los que trabajo sobre el terreno preocupados por el futuro de la Riviera Maya y las posibilidades de convivencia multiespecífica en el futuro. Carmelita encarna en la historia a los numerosos migrantes de Chiapas que conocí durante el trabajo de campo, quienes debieron abandonar su trabajo como agricultores y jornaleros de la cosecha debido al cambio climático y encontraron empleos en el sector turístico de la Riviera Maya, incluso como limpiadores de playas. En el fondo, la historia trata de las transiciones en el curso de la vida, de las interdependencias transnacionales, de la migración y la movilidad, de la pertenencia en el Antropoceno. Y todo esto es algo que nos concierne a todos, en México y en el resto del mundo.

La cosecha

El coche ya lleva unos días preparado y se encuentra esperando en la calle. Los faros apuntan hacia la salida del pueblo, listo para partir en cualquier momento. Bajo el sol abrasador, el brillo de la pintura plateada del Nissan Versa oculta sus numerosos defectos. Los elevalunas eléctricos ya no funcionan correctamente y el aire acondicionado lleva mucho tiempo averiado. El dibujo de los neumáticos está desgastado y ya no se puede confiar en los limpiaparabrisas. De todas formas, como cada vez llueve menos, no había motivo para arreglarlos.

El coche es el último recuerdo que le queda a Carmelita de Robert. Él se lo dejó cuando decidió renunciar a su sueño mexicano personal, como

siempre decía él, y volver a Estados Unidos. Sus modernos *bungalows* ecológicos están ahora abandonados en el campo, descomponiéndose, igual que su viejo coche. El Nissan de Robert nunca tuvo airbag, ABS ni ESP. Esto lo distingue de los numerosos Versas que se fabrican en México para la exportación. Probablemente, de vuelta en Utah, Robert conducía un coche que cumpla rigorosamente las normas internacionales de seguridad. Carmelita ya casi no piensa en él.

Mientras que los recuerdos de Robert son cada vez menos dolorosos, los recuerdos de los frondosos y verdes árboles de mango, cuyos frutos hacían que el pueblo oliera regularmente a miel dulce, duelen cada vez más. De niña, a menudo se preguntaba por qué el pueblo donde creció se llamaba El Paraíso. Desde que el aroma del mango Ataulfo ha desaparecido, conoce la respuesta. Cuando los invitados de Robert le preguntaban cómo era el paraíso, ella les decía: “No se puede ver, solo oler”. A menudo, veía caras asombradas. Los olores no se pueden publicar en Instagram.

Carmelita observa cada vez con menos frecuencia a los grajos picoteando los mangos fermentados que han caído de los árboles, pavoneándose por el pueblo, ligeramente borrachos. Cada vez observa a más recolectores que ya no están solo ligeramente bebidos, sino por culpa de la pena, completamente borrachos. Como en otras regiones de Chiapas, más de dos tercios de los habitantes del pueblo viven por debajo del umbral de la pobreza. Las crecientes sequías y las plagas de escarabajos dificultan cada año más la vida de los cosechadores y jornaleros. Rara vez pueden permitirse mangos Ataulfo; desde hace tiempo, la mayor parte de la fruta se exporta. Carmelita observa que con cada caja de mangos se exporta también a los aldeanos: Se les contrata como personal de servicio en complejos turísticos y *bedhouses* de la mundialmente famosa Riviera Maya. Viven entre los 22 millones de habitantes de Ciudad de México. Se marchan, como 400,000 mexicanos cada año, a Estados Unidos. Todos buscan su suerte más allá de El Paraíso. Carmelita no sabe si encontrarán lo que buscan. Se es una de muchos en todas partes. Eso lo sabe con certeza. Carmelita piensa en los muchos más a menudo de lo que piensa en Robert.

Robert piensa a menudo en su estancia en México. En su camino hasta convertirse en uno de los grandes en la escena del ecoturismo. En los *posts* de Instagram que decían de sus *bungalows* y su cafetería: el mejor lugar para ver y ser visto. En los muchos huéspedes de Brooklyn y Berlín. En Carmelita, que le enseñó a oler el paraíso. En las noches en las que bailaba salsa con ella sin ser descubierto, a la sombra de los árboles de mango, al ritmo de “Yo no sé mañana”, sabiendo con certeza que regresaría a Utah.

Su hotel boutique en medio del parque nacional va bien. A los huéspedes de Brooklyn y Berlín les gustan los batidos de mango aquí tanto como en México. Robert ya no los anuncia como “local y regional”, sino como “de comercio justo”. Funciona de maravilla. Una vez a la semana va con su flamante Nissan Navara nuevo al mayorista y recoge los mangos encargados. Gracias al excelente equipamiento de la camioneta, no le ha dejado tirado ni una sola vez.

Mientras carga las cajas de mangos, su mirada recorre los artículos de periódico en los que va envuelta la deliciosa fruta. Robert hace una breve pausa; un titular ha captado su atención. “Sargazo: la plaga que mantiene en vilo al paraíso mexicano”. Hojea el texto. Se cita varias veces a Soledad Flores, una científica de Puerto Morelos. Soledad Flores. El nombre le resulta conocido. Recuerda vagamente a una Soledad Flores que fue su huésped en uno de los bungalows hace muchos años, que tenía una extraña pegatina con “I love Seagrass” en su coche, y a la que observó mientras paseaba sola por los campos de mangos a altas horas de la noche y que le observaba a él bailar con Carmelita. “Yo no sé mañana”.

Cuando Soledad abre la ventana por la mañana, se marea. La fuerte brisa sopla algo más que arena y polvo. El olor a huevos podridos le da en la cara. Sus tarjetas de visita de la universidad vuelan por los aires. Profesora Soledad Flores, directora del Instituto de Pastos Marinos y Arrecifes, Universidad de Investigaciones Costeras, Puerto Morelos, México. Ella no recoge las tarjetas que vuelan por ahí, son una pista de lo que fue. A partir de ahora es pensionista.

Hoy no cierra la ventana rápidamente como otros días. Ella respira fuerte y profundamente, como si el mal olor la reforzara en su decisión.

La casa lleva unos días vacía, solo quedan el colchón hinchable y una manta. Su vieja furgoneta está embalada y cargada en el garaje. El cubo, que siempre estaba lleno de agua para salvar a las tortuguitas, ha dado paso a cajas y maletas. Cuando vuelvan a encontrarse masas de tortugas atropelladas en la autopista, el periódico dirá que se han perdido. Como si fueran incapaces de encontrar el mar. Qué burla. Nunca se habla de que las luces de la densa urbanización costera las confunden y las atraen en la dirección equivocada.

Treinta años de vida costera no caben en una furgoneta. Soledad piensa en todos esos años en el laboratorio. En sus estudios en Estados Unidos. En su infancia en Nuevo México. En los años en los que no podía ser descubierta por la policía. En la alegría cuando por fin eran legales. De inmigrantes ilegales a familia inmigrante reconocida. Y luego la oferta de trabajo de Puerto Morelos. Dirigir un laboratorio. Su sueño durante mucho tiempo. De vuelta a México. De Soledad Flores a doctora Soledad Flores a Profesora Soledad Flores.

Para visitas en El Paraíso apenas hubo tiempo todos esos años. Tras la muerte de sus padres, volvió a viajar allí, se alojó en un *bungalow* y vagó por los campos de mangos por la noche siguiendo los pasos de sus días de infancia. No quería que la reconocieran. Recordó las historias de sus padres sobre el duro trabajo en los campos, el ardor en los pulmones por la exposición a pesticidas y la piel quemada por el sol. Antes de que se fueran a Nuevo México, Soledad jugaba a menudo con otros niños en las plantaciones, se subían a escondidas a los árboles, comían los mangos ligeramente fermentados y se tambaleaban por el pueblo.

Y ahora es pensionista Soledad Flores. Le cuesta aceptarlo.

Carmelita aún recuerda bien las celebraciones en el pueblo el 27 de agosto de 2003, cuando el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial anunció que le concedían al gobierno de Chiapas la denominación de origen del mango Ataulfo. Banderines de colores ondeaban al viento. Los habitantes del pueblo estaban encantados de que sus mangos fueran reconocidos como algo especial. Era como con el champán de Francia. Inmediatamen-

te se imprimieron nuevas pegatinas y se reetiquetaron las cajas. Mango Ataulfo del Soconusco. Denominación de Origen. Hecho en México. Por aquel entonces, todos habían encontrado trabajo en las granjas de El Paraíso. Carmelita, sus hermanos, hermanas, primos, primas. Eden, quien se hizo cargo de la plantación de mango de sus padres, siempre le fascinó Carmelita, cuando la veía recoger los frutos con tanto cuidado y delicadeza que nunca se dañaba.

Recoger mangos era una de las actividades favoritas de los turistas en los *bungalows* de Robert. La palabra mágica es ecoturismo. Eden no entendía por qué Carmelita ayudaba en su cafetería. En general, no entendía en absoluto lo que ella veía en él.

Cuando Carmelita observaba a los huéspedes con sus atuendos boho y sus pendientes de plumas cosechando mangos en sus vacaciones como un agradable descanso del ajetreo diario en casa, veía a sus abuelos sacudiendo la cabeza delante de ella. Ellos no habrían entendido la recolección de mangos como actividad de ocio. Para ellos, cosechar la cálida fruta amarilla bajo el sol abrasador era un trabajo duro. Empaquetaban 2,000 cajas a la semana. Ahora, en el pueblo se envasan como mucho 600 en el mismo periodo. Cuando Carmelita pasea por las plantaciones, a menudo se desespera por encontrar árboles en flor. Los ancianos del pueblo cuentan que nunca ha sido fácil con el cultivo y la cosecha, pero los retos son cada vez mayores y ellos tampoco tienen una receta secreta para saber qué hacer. Ancianos sin consejos le dan a Carmelita la misma sensación incómoda que Ataúlfo sin olor.

Hace poco, Soledad se topó con un reportaje en el periódico sobre el cultivo del mango Ataulfo en el Soconusco, que le recordó sus innumerables conversaciones con Juan, el vendedor de mangos más simpático que uno se pueda imaginar. Después de todos estos años como cliente fiel, todavía le observa fascinada mientras ensarta y pela hábilmente los Ataulfos en unos sencillos pasos y los transforma en un mango en palo en un abrir y cerrar de ojos. Han sido su dosis diaria de El Paraíso durante décadas. Debe de haber comido incontables mangos a lo largo de los años. Se han

vuelto caros. Juan habla de la falta de lluvias en los campos de Chiapas, demasiados bichos, lluvias torrenciales, sequías y falta de polinización. Demasiado poco de una cosa y demasiado de otra, piensa Soledad mientras escucha a Juan contando sus informes. Demasiado e insuficiente a la vez.

Por un instante piensa en los *bungalows* en los que se alojó una vez, en sus paseos por los campos iluminados por la luna y se pregunta qué habrá sido de los bailarines bajo el árbol de mango.

El último artículo del periódico sobre la economía del mango en el Soconusco informa lo que ella llevaba mucho tiempo observando: Cada vez más gente abandona los pueblos y la afluencia a la Riviera Maya no deja de aumentar. Como muy tarde, cuando Soledad tiene que ir a Cancún o Playa del Carmen —lugares que prefiere evitar— para dar una conferencia, se da cuenta de la rapidez con que avanza la urbanización en la región. Hay numerosos asentamientos informales que albergan a los migrantes a lo largo de la carretera. El término “migrantes climáticos” aparece una y otra vez en los artículos. Cuando lee sus historias, le viene a la memoria su propia historia familiar. El término migrante climático no existía cuando sus padres abandonaron Chiapas.

Los mangos que se destinan a la exportación y consiguen cruzar la frontera son probablemente más populares que los aldeanos de El Paraíso que llegan a EE. UU. Los Ataulfos son “dulces” y “suaves”, su pulpa no es fibrosa. En EE. UU. se les llama “*honey mango*”. Ataulfo es un trabalenguas. Se le llama rebranding. Robert, a menudo, los llamaba “*Honey*”. A ella no le gustaba oírlo. Le bastaba con ver a Eden poner montones de pegatinas con “*Honey mango*” en los Ataulfos. Rebranding. Aunque lo hiciera a regañadientes.

Carmelita siempre vuelve a pensar en cruzar la frontera hacia Estados Unidos con los mangos que ha cosechado. No le queda mucho que la ate a Chiapas. ¿De aldeana de El Paraíso a inmigrante ilegal? ¿Volver a encontrarse con Robert? ¿Vivir el sueño americano después de que el sueño mexicano haya fracasado? Mejor no.

Carmelita arranca el viejo Nissan. Es hora de conducir, de seguir los mangos hasta la costa, donde los convierten en batidos de mango en los

resorts con vistas al mar, si es que no los cortan antes y los venden en vasos de plástico a los turistas hambrientos de la calle. Fue Eden quien le dio la idea de irse a la costa, aunque la echará mucho de menos, sabiendo que el sentimiento no es mutuo. Al menos allí olería a mar.

La ventanilla del coche está abierta y no huele a nada. Tal y como ella esperaba. Tiene por delante casi 18 horas de viaje antes de llegar a Puerto Morelos. No es fácil intentar empezar de cero, pero es mejor que quedar sentada en El Paraíso inodoro. Carmelita pisa el acelerador. “Yo no sé mañana” retumba en los altavoces. ¿Por qué precisamente tiene que seguir funcionando la radio del viejo coche?

Soledad se había imaginado sus años previos a la jubilación de otra manera. No recuerda cuándo fue la última vez que encontró tiempo para investigar la *Thalassia testudinum*, un pasto marino. El tema de las algas es demasiado urgente, los periodistas preguntan constantemente, todo el mundo quiere saber qué pasa, nadie reconoce la costa. Todas las conferencias y artículos de las revistas especializadas giran en torno al sargazo. El pasto marino se ha quedado en un segundo plano. Aun así, nunca se le ha ocurrido sustituir la pegatina “*I love Seagrass*” que adorna su furgoneta desde hace tres décadas por otra “*I love Sargassum*”. Nunca ha conseguido hacerse amiga de las algas. El hecho de que sus resultados de laboratorio sean muy elogiados por otros científicos y den lugar a publicaciones de renombre no cambia las cosas. Suele decir a los periodistas: “Yo no diría que elegí el *Sargassum*, él me eligió a mí”.

A veces, Soledad sueña con las matas de algas que flotan en el Atlántico y que a primera vista, desde un avión, parecen manchas de petróleo. Mientras estén flotando, las algas no le dan dolor de cabeza a Soledad. Al fin y al cabo, almacenan dióxido de carbono (CO_2) y limpian el mar de metales pesados. Colegas de todo el mundo investigan el potencial del sargazo como sumidero natural de carbono. Las algas pueden servir para producir biocombustible, etanol o plástico. Aunque las primeras series de pruebas son prometedoras, Soledad espera que estas soluciones no lleguen demasiado tarde. No acaba de fiarse del todo ello. No para de oír a sus vecinos

decir que las algas son la respuesta de Dios a la contaminación marina provocada por el hombre. Hay días, en los que Soledad quiere darles la razón. La Soledad, que en realidad es científica racional.

A menudo encuentra peces muertos en el *Sargassum* varado y oye decir a los pescadores que temen por sus ingresos tanto como por su seguridad alimentaria. Soledad observa que las tortugas no pueden excavar nidos en la playa. Ella ve cómo las praderas de pasto marino se estropean por la carga de algas y erosiona la costa. Observa brigadas cada vez más numerosas de limpiadores de playas que no solo retiran toneladas de sargazo día tras día, sino también arena. Sus camisetas de trabajo con la inscripción “Playas Limpias” anuncian lo que los turistas esperan y, a pesar de los esfuerzos, no encuentran. Por no hablar del olor nauseabundo, que no solo le recuerda a Soledad, a huevos podridos. El olor a mar, que siempre le ha dado sensación de calma y de hogar, ha sido sustituido por el olor a algas. Un olor que le produce ansiedad y preocupación.

Le resulta casi insoportable ver cómo el sensible ecosistema se derrumba rápidamente bajo la presión de los desembarcos de sargazo, cómo el agua azul turquesa brillante se vuelve marrón, cómo las crías de tortuga mueren entre las montañas de algas. Solo Juan sabe que, a la vista de estos acontecimientos, se ha diagnosticado a sí misma una depresión de ecóloga.

Se ha apoderado de ella un sentimiento apagado, a veces se siente impotente e indefensa, se pone sentimental, siente como si perdiera el suelo bajo sus pies. Hace poco le dijo a Juan, mientras comían juntos un Ataulfo por la noche, que cuando bucea, ya no visita a sus amigos, sino sus tumbas. Llamar amigos a los peces y a los corales probablemente sería considerado absurdo por todos, excepto por Juan. Pero para Soledad, es la mejor descripción. Seguramente, al igual que los peces, las tortugas y los pastos marinos, se siente desplazada por las algas. Fue Juan quien le dio la idea de volver a El Paraíso, aunque la echaría mucho de menos. Al menos allí olería a Ataulfo dulce como la miel en lugar de a algas sulfurosas.

Carmelita no ha vuelto a encender la radio en todo el viaje. Está cansada y sale de la autopista, aliviada de que el Nissan no se haya rendido y la haya

traído hasta aquí sana y salva. El café de la gasolinera no sabe bien, pero le servirá. Aparca junto a una furgoneta tan llena como su Versa. Se queda extrañada por la pegatina “I love Seagrass” que adorna el maletero de la furgoneta. Tiene la sensación de haberla visto hace años.

La cola de la máquina de café es larga. Se pone a la cola y oye sonar un teléfono móvil. La dueña mira la pantalla y aparta la llamada. Pero enseguida vuelve a sonar. Esta vez contesta. Ya no es la encargada, ahora es jubilada. A Carmelita no le suena que la desconocida se haya acomodado ya a ese papel. Carmelita la oye responder a algunas de las preguntas del interlocutor. Las praderas marinas de la costa se erosionan cada vez más. Sí, es preocupante. 600 toneladas de algas en un solo día, eso es mucho. Carmelita recuerda los mangos en los campos de Soconusco. 600 toneladas de mango. Son cifras con las que Eden solo puede soñar en su plantación de El Paraíso. Demasiado y demasiado poco al mismo tiempo.

Soledad cuelga. Es tiempo de ojear el estante de los periódicos. Su atención se detiene en el titular de Crónica, el mismo periódico que hace algún tiempo también le pidió una entrevista a ella sobre el Sargazo. “Sargazo: la plaga que mantiene en vilo al paraíso mexicano”. Ojea el texto. Lo de siempre: Los desembarcos de algas han causado daños masivos a la industria turística en los últimos años. Al mismo tiempo, cientos de recolectores de regiones agrícolas como Chiapas u Oaxaca encuentran trabajo como limpiadores de playas. Como siempre, los periodistas internacionales preguntan si la comunidad maya no tiene respuesta. No, les contestará Soledad, no la tienen. Pero están tan unidos a la naturaleza, dicen entonces. Por sus propias visitas a las comunidades mayas de la región, sabe que están tan desconcertados y abrumados al igual que todos los demás. También ellos obtienen su información de Internet, a menudo de Facebook. Prefiere no mencionar que algunos de ellos incluso se están beneficiando de la plaga de algas, ya que más turistas visitan los cenotes que gestionan y están generando muchos más ingresos desde que desembarcó el Sargazo. Por último, pero no por ello menos importante, el creciente número de visitantes a los cenotes está contribuyendo a la degradación ecológica de

las fascinantes cuevas kársticas. Pero Soledad está cansada de leer en los periódicos sobre los mayas como sanadores y entendidos de la naturaleza o como contaminadores del medio ambiente y se niega a alimentar este discurso. Se limita a responder que todo el mundo está igual de sorprendido y abrumado por el Sargazo. Soledad piensa en las numerosas personas de los asentamientos en constante crecimiento que se cruzó de camino a sus conferencias por la autopista. Hacen el trabajo que nadie más quiere hacer. Están todo el día al sol abrasador. Respiran el mal olor. Ganan salarios de miseria. ¿Se diferencia la recolección de algas de la de mangos? Soledad lee más concentrada. Su móvil vuelve a sonar. Con una mano busca el teléfono en el bolsillo del pantalón y con la otra coge el periódico. Soledad no se da cuenta de que la mujer que está detrás de ella, junto a la máquina de café, hace lo mismo. Se sonríen cansadas y cada una coge un periódico. En la radio suena “Yo no sé mañana”.

Referencias

- Azcaráte, Matilde Cordóba. 2020. *Stuck with tourism. Space, power, and labor in contemporary Yucatan*. Berkeley: University of California Press.
- Beck, Stefan. 2008. “Natur | Kultur. Überlegungen zu einer relationalen Anthropologie.” *Zeitschrift für Volkskunde* 104(2): 161–199.
- Chávez, Valeria, Abigail Uribe-Martínez, Eduardo Cuevas, Rosa E. Rodríguez-Martínez, Brigitta van Tussenbroek, Vanessa Francisco, Miriam Estévez, Lourdes Celis, L. Verónica Monroy-Velázquez, Rosa Leal-Bautista, Lorenzo Álvarez-Filip, Marta García-Sánchez, Luis María, y Rodolfo Silva. 2020. “Massive influx of pelagic Sargassum spp. On the coasts of the Mexican Caribbean 2014–2020: challenges and opportunities.” *Water*. 12(10). Recupardo 11 de diciembre 2023 de: doi: 10.3390/w12102908
- Gesing, Friederike, Michi Knecht, Michael Flitner and Katrin Amelang. 2018. NATURENKULTUREN. *Denkräume und Werkzeuge für neue politische Ökologien*. Bielefeld: transcript.
- Hernández-Ochoa, Ixchel M., Sentholt Assenga, Belay T. Kassiea, Wei Xionga, Ricky Robertson, Diego Notelo Luz Pequenod, Kai Sonderd, Matthew Reynolds, Md Ali Babare, Anabel Molero Miland, Gerrit

- Hoogenboom. 2018. "Climate change impact on Mexico wheat production". *Agriculture and Forest Meterology* 263: 373–387.
- Hu, Chuanmin, Lian Feng, Robert F. Hardy and Eric J. Hochberg. 2015. "Spectral and spatial requirements of remote measurements of pelagic Sargassum macroalgae". *Remote Sensing of Environment* 167: 229–246.
- Lazar, Sian. 2014. "Historical narrative, mundane political time, and revolutionary moments: coexisting temporalities in the lived experience of social movements." *The Journal of the Royal Anthropological Institute*. 91–108.
- McAdam-Otto, Laura. 2022. "It's all about the beaches." Sargassum algae, tourism, and coastal transformations along the Mexican Caribbean. *Coastal Studies & Society*. Recuperado 11 de diciembre 2023 de <https://doi.org/10.1177/263498172211323>
- Mol, Annemarie. 2002. *The body multiple. Ontology in medical practice*. Durham: Duke University Press.
- Nawrotzki, Raphael, Lori M Hunter, Daniel M Runfola and Fernando Riosmena. 2015. "Climate change as a migration driver from rural and urban Mexico". Recuperado 11 de diciembre 2023 de <https://iopscience.iop.org/journal/1748-9326>
- Niiler, Eric. 2011. "The disappearing Mexican Mango." *The World*. Recuperado 11 de diciembre 2023 de <https://theworld.org/stories/2011-05-26/disappearing-mexican-mango>
- Otto, Laura. 2023a. Whose beach paradise? tourism and the governance of Sargassum algae along Mexico's Caribbean coast." *Cultural Analysis* 21(2): 11–34.
- Otto, Laura. 2023b. "Working seagrasses. Emerging coastal ethics in the Mexican Caribbean." *Maritime Studies*. DOI: 10.1007/s40152-024-00354-4
- Rosellon-Druker, Judith, Laura McAdam-Otto, Justin J. Suca, Rachael Seary, Adriana Gaytán-Caballero, Elva Escobar-Briones, Elliott L. Hazen and Frank Muller-Karger. 2023. "Local ecological knowledge and perception of the causes, impacts and effects of Sargassum massive influxes: a binational approach." Recuperado 11 de diciembre 2023 de <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/26395916.2023.253317>

- Said, Edward. 1978. *Orientalism*. London: Routledge.
- Salazar, Rodgrigo L. 2023. “History of anthropology in Mexico: from nation building to the recognition of diversity.” *Histories of Anthropology*. Recupardo 11 de diciembre 2023 de https://link.springer.com/chapter/10.1007/978-3-031-21258-1_15

